

Carta abierta. (El Imparcial, 4-166, 12 abril (1
(El Sol, Buenos Aires, (Re-
publica Argentina), 23 abril 1899).

Parafus num
del Hosp. Auer.

O. C. Lous VIII

DE UNAMUNO

1-166

Miguel de Unamuno, uno de los más vigorosos cerebros de la juventud literaria contemporánea, y en el cual como ha dicho Maetzu, su hermano de raza, caben los gérmenes de cien literaturas, ha escrito la siguiente carta a D. Casimiro Muñoz, distinguido escritor, colega de Pablo Iglesias y de Perreguía jefes del partido socialista español. El señor Muñoz se halla actualmente en nuestro país, en viaje de estudio, habiéndose propuesto penetrarse de nuestros problemas sociológicos.

Como se verá la carta de Unamuno tiene verdadero interés para nuestros pensadores, y demuestra cuanto le preocupan las cosas de América al autor de «Paz en la guerra» el notable psicólogo vizcaíno, revolucionario de las letras españolas.

En Francia, y más en Alemania, a cuyos filósofos-artistas se parece por la dilatada intensidad de su elaboración espiritual, sería tal vez Unamuno precursor de una generación de escritores como lo fué Goethe, y ahora Nietzsche.

En España, el marco intelectual de aquella sociedad le viene chico al talento de Unamuno, cuyos aletazos de genio son los únicos que de allí nos llegan. Lo malo es que sus alas están condenadas por hoy a batir en las tinieblas, como vuelo de ave noctívaga en la tierra del sol para mayor sarcasmo. Bien decía el amargo necrologista de Campo-Alange: «no se produce eco entre las tumbas.»

El día que la juventud intelectual de España siga al maestro de «Paz en la guerra», matando todo lo chato de la manoliteria chulesca y la hueca palabrería de los hojarascosos meridionales, la chapucería oratoria, los romances de ciego y la gracia baturril, símbolo de los entendimientos de piedra, ese día podremos decir que la España literaria ha renacido a nueva y fecunda vida, superior a su siglo de mas brillo.



12



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USALES

12

15.2/207

Uno de nuestros colaboradores se ocupará dentro de poco en estas columnas de la personalidad literaria de Unamuno y de su obra trascendental y originalísima.

Ahora, hé aquí la carta, donde se verá, entre otras cosas, interesantes, la profunda verdad, no ocurrida á nadie, de que los hijos de los civilizadores de América son los criollos; porque como dice Unamuno, no son hijos de los civilizadores los hijos de los que no vinieron aquí, ni de los que vinieron y se fueron sin dejar hijos, sino de los que vinieron y se quedaron y produjeron hijos.

(Granmontagué)
Carta abierta

Sr. D. Casimiro Muñoz.

Mi muy querido amigo: He recibido la cariñosa *Carta abierta* que por medio de EL IMPARCIAL del Azul me ha dirigido, y en ella la amenaza de publicar ahí en algún diario mi contestación á ella. No habrá, pues, más remedio que poner tiento en lo que escribo, porque el público me merece mucho respeto. ¡Y lo que son las miserias humanas, amigo Muñoz! Como quiera que se ha estendido mucho la costumbre de publicar á la muerte de los grandes hombres su correspondencia privada, para así, tomándolos de conejillos de Indias, estudiarlos mejor psicológicamente, son muchos los que, yendo para grandes hombres, en sus íntimos propósitos miran y remiran cuanto escriben á su novia ó al amigo ó al prestamista en previsión de que muertos ellos lo publiquen. Esta condenada literatura al acentuar el *egotismo* ha hecho que nos convirtamos todos en teatro de nosotros mismos, y vivamos representando un papel. ¡Es tan difícil ser como se es, naturalmente, sin artificio! Y basta de filosofías.

Cuanto de ese país me dica me interesa mucho, y ahora que por mal de



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOUSALES



nuestros pecados nos han mondado nuestras últimas colonias, hemos dado casi todos en España en hablar de la gran raza hispano-americana. Después de haber repetido en mi tonos que era una negra ingratitud la de los cubanos que no querían tolerar el tener que comprar de España el trigo que acá venía de los Estados Unidos para aquí molerlo y devolver la harina á Cuba haciéndoles pagar caro la maquina de la molienda: los mismos mercaderes que han sido los causantes de la guerra y que no callaban con aquello de que *descubrimos y civilizamos* la América como si lo hubiésemos hecho *nosotros*, los que eso dicen han caído en la cuenta que los criollos de ahí son más descendientes que nosotros de los que civilizaron ese país. Porque es lo cierto que los verdaderos civilizadores fueron los que se quedaron y no los que se volvieron; el alma de aquellos es la que sentía Tabaré que le llamaba «al derrumbarse en el instante eterno.»

De la última guerra ¿qué he de decirle? Pienso escribir de largo acerca de ese último encuentro de Don Quijote, con Robinson. El honrado hidalgo á quien se le secó el cerebro en puro leer libros de caballerías, fué á dar con el hombre que se ha forjado luchando con la naturaleza. Al pobre caballero le estorbaban lanza, rocín ce-lada y coraza. de cartón. Y al primer golpe de Maza de Robinson, el industrioso, se vino al suelo invocando al Dulcinea. ¡Dios quiera que esto le cure de su desvarío y se vuelva á su aldea, y dejándose de libros de caballería, se dedique á cuidar en paz la hacienda que heredó de sus padres, volviendo á ser Alonso Quijano, que por sus virtudes mereció el sobrenombre





de Bueno! Por esto he dado yo aquí un
 Inuera Don Quijote! que sentó mal
 á muchos. Ese grito queria decir: ¡Vi-
 va Alonso el Bueno!

Y hasta Alonso Quijano tiene que
 modificarse perdiendo el apego al ter-
 rruño, el instinto de ostra, la servidum-
 bre á la gleba, de que usted, amigo
 Muñoz, ha sabido sacudirse. Si el hom-
 bre ha de ser embrión de una humanidad
 futura, más elevada que esta, de una
 verdadera hermandad humana, embrión
 del sobre-hombre de que hablaba Nie-
 tzsche, es preciso que empiece por
 emanciparse de la tierra, haciéndose
 de ella dueño en vez de ser su esclavo.
 Toda la historia del género humano
 es una constante lucha por emancipar-
 se de la animalidad y de la tierra.

Un hombre nuevo nos hace falta,
 verdaderamente *nuevo*. Y como para
 producir un diamante hicieron falta
 enormes temperaturas en el inmenso
 crisol del globo, así para crear un hom-
 bre nuevo. Esto es lo que atrae mi
 atención á esa América; el pensar si
 ahí, libres de tradiciones seculares
 que pesan y libres del enervante peso
 del terruño, podrán los hombres cami-
 nar á otra humanidad, emancipada de
 las pequeñeces de nuestra viejas pa-
 trias, reducidas hoy á hipotecas de los
 tenedores de la deuda pública.

La verdadera patria es la del espí-
 ritu. Lo que de mi patria no se ha
 sustanciado en mi espíritu, haciéndose
 carne de su carne, no es digno de mí.
 A donde yo voy va conmigo mi patria.
 De nada me sirve la civilización que
 me rodea en instituciones y monumen-
 tos si no se reduce á cultura, á senti-
 mientos é ideas que encarnen en mi
 seno espiritual. Mientras la civilización
 no se amasa en cultura individual, no
 es más que un artificio sofocante. Lo
 que en un tiempo fué capa protectora
 para el espíritu tierno aun puede con-
 vertirse en quiste que le ahogue.

Me acuerdo el efecto que me produ-
 jo la lectura de *Martin Fierro*. Allí



vi que lo mismo que nuestros caballos y toros, que llevados en domesticidad á esa, se han hecho cimarrones, así al encontrarse el español ahí en condiciones sociales análogas á las de aquí en el siglo XII ó XIII, luchando con indios como aquí con moros, rebrotó el aventurero de nuestra reconquista. *Martin Fierro* es un eco de nuestra España del siglo XII; aquellos gauchos son nuestros aventureros, y el soplo que anima á ese poema hermosísimo en su misma monotonía, es el soplo de nuestro viejo *cantar de mio cid*, de nuestros primitivos romanceros.

Hace poco leyendo unas quejas de Rubén Darío, porque Paris no hace caso á los literatos hispano-americanos confundiéndolos con los *rastagouers*, me dije que tienen razón en Paris. Se les haría caso si en vez de venirnos con decadentismos traducidos del francés, con complicaciones y quintescenciamientos aprendidos en Paris y nada naturales, con victorhugadas sonoras ó *sonseras* de toda clase nos mostrasen con alma el mundo que palpita en *Martin Fierro* ó en *Santos Vega*. Para venirnos á cantar á Europa lo archi-europeo, nos sobramos aquí. Empeñados sin duda, en demostrarnos que tambien son ultra-civilizados, no tienen ojos para la vida bravia que los rodea, son tan *urbanos* como aquí. Ni siquiera nos pintan la fiebre del oro, la ceguera del agio, la vida económica, tan intensamente artistica, de los países nuevos. Todo se les vuelve parisienismos, por lo menos en lo que acá nos llega.

Y ¡qué mina debe ser ese país para el arte y para la ciencia! Ahí, ahí es donde se podrá estudiar sociología, en esa sociedad que se está organizando con inmigrantes de todas las viejas castas europeas. Y ahí, donde aun quedará algo de tierra libre y no ha arraigado la propiedad territorial ó *quiritana* á la romana, es donde mejor puede estudiarse el proceso económico. Loria sacó mucha luz para su *Análisis de la propiedad capitalista* de la historia de las colonias. En lo que creo que ahí se en-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

Carta abierta



ganan es en creer que producirán otro tipo de civilización. Europa pasó por estado análogo á ese, y cuando les llegue su tiempo, el proceso económico les llevará al imperialismo, y caerán en los vicios mismos que de nosotros censuran. Es inevitable; hay que pasar por ellos, para redimirse de ellos. No se vuelve á la propiedad colectiva sino despues de apurado el proceso de la privada, y de acabada la función mútua entre la población y la subsistencia. Solo que en esos países tal proceso será más rápido que aquí lo sea. El embrion que brota de un organismo ya hecho recorre en poco tiempo el largo camino que el organismo recorrió en sus comienzos en la vida de la especie.

Por todo esto ¡si supiera usted con que gana visitaria ese país! Y ni siquiera he tenido la suerte de hallar respecto á él algo así como la clásica obra de Wakfield acerca de Inglaterra y América del Norte. Es una de las cosas que le encargo: que me informe acerca de la literatura económica de ese país, si es que hay algun buen estudio sobre la vida económica argentina y sobre su historia en general, algo que no sea charlataneria histórica á lo Castelar, relatos, más ó menos retóricos, de revoluciones y luchas. Que sepamos de una manera clara qué hay debajo de todo eso de los civicos y los milicos, ó como se diga. Me interesa más que las novelas quintesenciadas de los literatos de esa pasados por París.

Si vuelve á ver á Grandmontagne dígame que pienso publicar en *La Epoca*, á propósito de su novela «La Maldonada» algunas consideraciones acerca de la literatura argentina. Me gusta su tendencia, la de Grandmontagne; siquiera intenta en sus libros mostrarnos la vida normal de ese país.

Aquí nada de nuevo ha ocurrido desde que usted se fué, como no sea la subida al poder de Silvela y del sno-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

A.5.2/207



bismo político con él y que todo el mundo da en hablar de la consabida ola negra de la reacción. Yo ni en ella creo. Me parece que ni reacción queda aquí.

El paludismo mental es cada día mayor. Chapoteamos en la más fangosa ramplonería. De las libertades me río. Es como si nos la concedieran para volar ¡si no tenemos alas! Más que libertad de pensamiento hace falta pensamiento que quiera ser libre. La mera libertad no da pensamiento, y este si que da libertad. Fuerza, más que facultad de ejercerla necesitamos. De nada sirve la libertad de conciencia donde como sucede aquí la mayoría de las gentes son inconscientes. La revolución hay que hacerla, como dice Ibsen, en los cerebros.

¡Ahora ha inventado Silvela lo de la libertad de la conciencia católica! Usted sabe que no la hay aquí; el catolicismo es inconsciente. Se coje el Evangelio *en latin*, se le recorta en fragmentos que se doblan cuidadosamente y se meten dentro de una bolsita, labor mongí, que luego se cuelga del cuello a los niños, a niños que no han de leer nunca el Evangelio. Es como coger la papeleta en que el médico extendió la receta y aplicarla a la parte dolorida ó tomarla en pelotillas. Si eso no es fetichismo no sé lo que es. ¡Y que aun nos hablen de conciencia religiosa aquí, y digan que es cristiano un pueblo que hace amuletos del Evangelio!

Si algo puede esperarse es del movimiento industrial, de la vida de las costas, y sobre todo de mi país, Vizcaya, y de Cataluña. Yo espero mucho de los catalanes y de mis paisanos los vascos. Es la tesis también de un libro sugestivo y excelente «Hacia otra España» que acaba de publicar Maeztu.





Procuraré enviarte las tarjetas postales que me pide, pero no podrá ser dentro de mi artículo «El negocio de la guerra» porque no guardo más que un ejemplar de éste. Lo verá usted cuando con otros estudios económico-sociales los publique en tomos.

No deje de enviarme cualquier periódico ó revista de esa así que en ellos vea algo que crea pueda interesarme, con respecto á la vida intelectual ó á la económica de ese país, que la verdad es que aquí conocemos poco. Y los indios en general no nos sirven. Vuelven de ahí sin saber lo que pasa. No se han enterado más que de sus negocios ni han visto eso más que á través de su tienda ó estancia.

En este Salamanca todo igual; la misma solemne monotonía, la misma quietud; el mismo reposo de vieja ciudad que duerme. Aquí sí que se siente lo de que la vida es sueño.

Cada vez que veo á nuestros amigos de Ciudad-Rodrigo e recordamos muchísimo, y no deja de infundirnos pesar la triste idea de que acaso no volvamos á verle. ¡Bah! ¡Es tan grande el mundo y el hombre tan chico! ¡Pecho al agua, y á nadar, digo á vivir! ¿Que hay en la otra vida? ¿Quién sabe? Haga lo que hubiere, nadando firme y afrontar sereno la suerte. Es imposible que el porvenir sea peor que el pasado.

Vaya amigo Muñoz, basta por hoy. Le agradezco el recuerdo que á mi familia consagra, y en mi nombre le saluda. Los niños reconciliándome cada día más con la vida y templando mi fondo de tristeza intelectual.

Reciba un apretado abrazo de su amigo de verdad.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 1899

